



# La toma de decisiones en el acompañamiento espiritual ignaciano. El aporte del método teológico-decisional

por CRISTÓBAL RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ\*

## Introducción

El proceso de acompañamiento espiritual se realiza a través de la estructura psíquica de la persona, donde el papel de la decisión juega un rol vinculante. La persona que va descubriéndose a sí misma inmersa en una relación creciente con Dios que sale a su encuentro, va descubriendo la necesidad de ir tomando decisiones en su vida. Poco a poco se da cuenta de que las decisiones que toma, la que más compromete la totalidad de su existencia es la de elegir a Dios, desde la propia libertad, en la entrega total de la voluntad en su manos, para que progresivamente aquello que ha descubierto como plan suyo para su vida (su genuina vocación personal) crezca, se desarrolle y se convierta en su modo propio de relacionarse con Dios, consigo mismo y con el mundo.

Este proceso de transformación interior es difícil de medir, sin embargo, el artículo se propone precisamente dar un seguimiento a esa evolución personal a través del análisis de las decisiones hechas y por hacer en el ámbito del acompañamiento espiritual gracias al método teológico-decisional. Para ello nuestro itinerario de reflexión seguirá los siguientes pasos. En primer lugar, presentamos el acompañamiento espiritual desde el punto de vista ignaciano, y con este presupuesto, en segundo lugar, trataremos de cómo el método teológico-decisional puede ayudar a tal acompañamiento.

## 1. *El acompañamiento espiritual desde el punto de vista ignaciano*

De la experiencia espiritual de San Ignacio de Loyola, a continuación vamos a descubrir cuales son las características que hacen del acompañamiento espiritual desde una

\* CRISTÓBAL RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ es licenciado en teología espiritual por el Instituto de Espiritualidad de la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma); [cjrbetancuria@gmail.com](mailto:cjrbetancuria@gmail.com)

óptica ignaciana, una forma de acompañar singular dentro del universo del acompañamiento espiritual cristiano.

### 1.1 La necesidad del acompañamiento en la vida de Ignacio

El proceso espiritual de Ignacio comenzará con el incidente acaecido en Pamplona en 1521 y posterior convalecencia en la casa familiar de Loyola. Acompañado de la lectura del *Vita Christi* y de la *Vida de los Santos*,<sup>1</sup> en este primer momento, irá adquiriendo el deseo de imitación de Jesús y de los santos.

En Montserrat con la confesión de sus pecados con el P. Chanon experimentará por vez primera lo que es abrir su interioridad a otro<sup>2</sup> y en Manresa, dónde permanecerá once meses, se producirá un cambio sustancial: de basarse en una práctica de fe centrada en la exterioridad e imitación pasa a la experiencia de *ser llevado*. Pasa de una acentuación de las prácticas externas como medio en la vida cristiana, al descubrimiento (personalización) de la experiencia de Dios que se mueve y manifiesta en su interior y que le va conduciendo. En esta época comenzarán a buscarle algunos para mantener *conversaciones espirituales* y él por su parte, se encontrará necesitado también de estas compañías y las buscará.<sup>3</sup> La iluminación del Cardoner hará afianzar en él la certeza del amor de Dios y de su grandeza, fundamental para poner su vida en clave de servicio.<sup>4</sup>

En su viaje a Jerusalén aprovechará toda oportunidad posible para ayudar a las almas conversando las cosas de Dios,<sup>5</sup> sintiendo la presencia cercana de Jesús, dejándose ayudar por otros cuando algo no lo termina de ver claro.<sup>6</sup>

A la vuelta de Jerusalén se decide a estudiar como forma de desarrollar su ideal de acompañar a las personas proponiéndole los *Ejercicios Espirituales* que poco a poco iba confeccionando.

Alcalá, Salamanca, París, Venecia y Roma, no son sino las distintas etapas donde va afianzando esta convicción inicial. París y los primeros votos de Montmatre en 1534 serán un paso importante en este sentido: son unos votos “*en compañía*” de aquellos que se le han juntado y que serán el germen de la Compañía de Jesús; con la intención de acompañar (iban a gastar sus vidas en el bien de las almas); sabiéndose acompañados por Jesús en cada momento, obedientes al cual se ponen en las manos de la Iglesia y del papa, en disposición de servicio.<sup>7</sup>

Ignacio comienza así su andadura buscando a *Aquel* que le busca primero. Buscará acompañantes que le orienten en lo que va sucediendo por dentro, y será hallado por

<sup>1</sup> Cf. C. MARCET, «Ignacio de Loyola, acompañante» 317.

<sup>2</sup> Cf. C. MARCET, «Ignacio de Loyola acompañado», 318- 319.

<sup>3</sup> Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *El Peregrino*, 28-30.

<sup>4</sup> Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *El Peregrino*, 29.

<sup>5</sup> Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *El Peregrino*, 42.

<sup>6</sup> Cf. C. MARCET, «Ignacio de Loyola acompañado, acompañante, en compañía», 322.

<sup>7</sup> Cf. C. MARCET, «Ignacio de Loyola acompañado», 323-325.

aquel que es su acompañante esencial, Jesús. Se inicia así una vida a la escucha del *Acompañante*, en el ejercicio práctico de guiar a las almas a *buscar y hallar en todo su voluntad*.<sup>8</sup>

Ignacio a la hora de ejercer el acompañamiento<sup>9</sup> lo hará de manera preferente a través de *la conversación espiritual, el epistolario, y las anotaciones e instrucciones*.<sup>10</sup> Dios, para que Ignacio lo fuera entendiendo gradualmente, le va formando en el ejercicio de la conversación espiritual hasta convertirlo en su proyecto apostólico y comunitario. En el ejercicio de buscar a otros, que ya veíamos en su periodo de Manresa pero que será aún mayor en su estancia en Barcelona a la vuelta de Jerusalén, Ignacio tiene el deseo de verificar su propia experiencia espiritual, y que esta le sirva para ayudar a los demás.

Los *Ejercicios Espirituales* no serán más que una prolongada forma de esta conversación del acompañado con Dios que se comunica directamente con su criatura. Conversación que se concretiza a través de la misión del acompañante, dónde el Señor por su medio va a ayudando a clarificar las mociones internas. Para esta tarea Ignacio preparará a sus compañeros ya desde el tiempo de París.

Su actividad epistolar fue intensa y llama la atención el cuidado que pone en sus cartas. Da orientaciones sobre cómo superar escrúpulos y tentaciones, cómo discernir mociones y cómo ayudar a que las personas vean con claridad lo que pasa en su interior. Por su importancia destacan las dirigidas a Teresa Rejadell, Isabel Roser y Francisco de Borja.

Ignacio, en lo que se refiere a las *anotaciones*, no usa nunca el término *director* en los *Ejercicios Espirituales*, sino *el que los da*. Sólo en un segundo momento, cuando otros comienzan a dar los *Ejercicios* siente la necesidad de explicitar el papel del que los da. Este es el que propone los temas de oración, y da *modo y orden* para ayudar a las personas que los realizan, dejando claro que lo más importante es la comunicación directa entre Dios y su criatura. Pero es función del que da los *Ejercicios*, dirigir al ejercitante en el camino de la perfección e instruirle sobre las pautas indicadas en el libro.

Las *instrucciones* que Ignacio da a los teólogos jesuitas que participan en el Concilio de Trento, ponen de manifiesto la importancia que da al cómo hablar, y el papel fundamental de la conversación como medio de comunicación y crecimiento en el espíritu.<sup>11</sup>

## 1.2 ¿Qué es acompañar ignacianamente?

La primera característica del acompañamiento espiritual ignaciano es que se acompaña a una persona disponible a crecer en su vida cristiana.<sup>12</sup> Por tanto la respuesta ignaziana incluye un proceso de crecimiento y maduración en el cual la disposición inicial de la persona se va clarificando. Esta disposición tiene que ver con la búsqueda sincera de Dios, en un proceso donde las desolaciones o consolaciones son movimientos

<sup>8</sup> Cf. C. MARCET, «Ignacio de Loyola acompañado», 326.

<sup>9</sup> Cf. J.D. CUESTA, «ACOMPANAMIENTO» 79- 84.

<sup>10</sup> Cf. PONTIFICIA UNIVERSITAS GREGORIANA. ATTO ACCADEMICO (2006: ROMA) – H.M. ALPHONSO, *La conversazione spirituale*.

<sup>11</sup> Cf. IGNACIO DE LOYOLA, «Instrucciones».

<sup>12</sup> Cf. C. GARCÍA HIRSCHFELD, «¿Qué acompañamos cuando acompañamos “ignacianamente”?» 124.

que indican la tarea interna que se está realizando en el alma. El acompañante tendrá como tarea propia ayudar a disipar peligros en la clarificación de las mociones, invitando a la persona acompañada a ser consciente de las posibles causas de la desolación, invitando a permanecer humilde disfrutando y no apropiándose de las consolaciones, como si solo a si perteneciesen. Y todo esto en discernimiento paciente, perspicaz y seguro<sup>13</sup>.

El acompañado necesita, y esta es la segunda característica, que el acompañante le estimule a escuchar al Señor y dejarse fascinar por él; que le haga objetivar sus sensaciones y no perder el rumbo cuando la oscuridad le ciega; que toda esta tarea se haga con la implicación de la vida entera, sin excluir nada, ninguna faceta de la misma.<sup>14</sup> Por tanto el acompañante no se mostrará escandalizado ante ningún tema de los expuestos por la persona, porque todo lo que lleva esta al acompañamiento es lo que porta en su corazón y en su vida.

Es en el examen diario donde el acompañado es capaz de reconocer las mociones y en ella el paso de Dios por su vida. Aquí se encuentra la materia para el diálogo entre acompañante y acompañado.<sup>15</sup> Será un momento no sólo de toma de conciencia, sino de cultivo de una relación interpersonal con Dios que va configurando el proceso de la persona. No es un hablar con uno mismo, es abrirse al diálogo con Otro.

Existen dos formas diferenciadas de acompañar en la praxis cotidiana desde la espiritualidad ignaciana: una dentro y otra fuera de los *Ejercicios*. No se debe extrapolar la forma de acompañar en los *Ejercicios* al acompañamiento en la vida ordinaria, lo que no quiere decir que la materia trabajada en los *Ejercicios* no se prolongue luego en la vida cotidiana.<sup>16</sup> Cuando decimos que de la experiencia de los *Ejercicios* brota una forma de acompañar propia no estamos reduciendo ni confundiendo esta con el acompañamiento que se da *durante* los *Ejercicios*. En la experiencia de *Ejercicios*, bien sea una experiencia corta de ocho días o de un mes, se acompaña los movimientos concretos se están produciendo durante la experiencia. El diálogo con el acompañante será una forma por la que el ejercitante va descubriendo por dónde Dios le lleva, para estar más disponible y dócil a la acogida de su voluntad. Pero, de este entrenamiento en el espíritu, el que hace la experiencia de *Ejercicios* va descubriendo una forma de disposición que le será útil luego en la vida cotidiana. El acompañamiento fuera de los *Ejercicios* no es sino la prolongación de esa disposición interna de escucha y acogida. Lo que cambia es el contenido del discernimiento. Ahora la vida cotidiana se convierte en el lugar desde el que Dios nos habla. Ambas formas de acompañamiento dentro y fuera de los *Ejercicios* se complementan, y la primera es escuela para la segunda, para ser capaces de integrar en la vida un estilo de discernimiento continuado. Así, fuera de los *Ejercicios* se ha de tener en cuenta la *adaptación* a la persona concreta y sus circunstancias.

<sup>13</sup> Cf. C. GARCÍA HIRSCHFELD, «¿Qué acompañamos cuando acompañamos “ignacianamente”?», 130-132.

<sup>14</sup> Cf. A. GUILLÉN, «El acompañamiento espiritual» 137.

<sup>15</sup> Cf. L. YÉVENES, «“Servir al Señor de todos”, Vademecum para acompañantes espirituales» 13.

<sup>16</sup> Cf. J. M. RAMBLA, «Acompañamiento espiritual en la escuela de Ignacio de Loyola», 327.



Para concluir la primera parte de nuestra exposición y e ir adelante con la segunda, conviene recordar lo que hasta aquí hemos expuesto. Viendo en qué consiste la dinámica del acompañamiento espiritual y cuales son las funciones de sus agentes principales; apelando al proceso de transformación interior de la persona contexto en el que este se sitúa; mirando al hombre de hoy como sujeto de nuestra misión de acompañamiento; tomando luz del ejemplo de San Ignacio de Loyola y considerando la forma de acompañar propia que desde la espiritualidad ignaciana se deriva, podemos decir que el acompañamiento es un proceso rico, fecundo, articulado que contribuye al crecimiento de la persona, en el ejercicio de la libertad y la conciencia de su propio proceso de transformación interna.

## 2. Aplicación del MTD al acompañamiento espiritual

Si en la primera parte hemos desarrollado la definición, importancia y contribución del acompañamiento al proceso de transformación personal, en esta segunda parte nos centraremos en la dinámica propia de la decisión, como elemento fundamental que activa y orienta todo el proceso deliberativo de la persona, y la hace situar su vida en el contexto de un plan mayor.

La propuesta de aplicar el MTD al acompañamiento espiritual, tiene por finalidad señalar como el primero, contribuye a un mayor enriquecimiento del segundo, ya que en la medida que la persona es consciente de sus decisiones, puede situarse con mayor generosidad y entrega ante Dios, y descubrir su vida como respuesta a una llamada personal de Dios que entra en relación con ella misma.

### 2.1 La importancia de tomar decisiones en la vida cristiana y en su desarrollo

La dinámica propia de la decisión en el contexto del desarrollo normal del ser humano y en la vivencia de su condición de cristiano, implica la capacidad de tomar una postura ante un objeto de elección y ser capaz de discriminar otras opciones posibles, teniendo en cuenta las que son responden o no al nuestro núcleo existencial más profundo. Podemos decir que la vida se compone de pequeñas y grandes decisiones que van configurando el camino personal de cada uno y que le determinan para avanzar en un sentido o en otro. Uno de los ámbitos dónde se expresa de forma singular este proceso de decisión, y dónde encontraremos claves útiles para vivir el mismo proceso en el camino posterior, serán los *Ejercicios Espirituales*, por lo que haremos referencia a los mismos en distintos momentos de este apartado.

En el contexto de la espiritualidad ignaciana, elegir es dar orden a nuestro interior. Nos recuerda el profesor Rossano Zas Friz De Col, s.j:

Elegir implica decidirse para poner orden, para reordenar un orden anterior y establecer uno nuevo. Se trata de un proceso interior para asumir responsablemente una posición frente a algo o alguien, que requiere una toma de posición, una definición, o, mejor dicho,

implica definirse personalmente para asumir las consecuencias de la elección hecha y darle continuidad en el tiempo.<sup>17</sup>

El hombre descubre dentro de sí una capacidad que le empuja a tomar decisiones y que le sitúa ante el misterio de sí mismo y de la realidad. Así «descubrirse misterio supone también descubrirse simultáneamente también un ser trascendente, descubrirse capacitado para ir más allá de sí mismo al encuentro de una respuesta que es siempre recibida, no producida, pero hay que asumirla con una decisión».<sup>18</sup>

En este horizonte se encuadra la búsqueda del sentido profundo de su propia vida. «No hay búsqueda posible de sentido sin trascendencia y descentramiento, pero la respuesta es algo que se elige, nunca algo que se impone».<sup>19</sup> Ante el descubrimiento de este sentido de vida el hombre es libre de amar su ideal y de sentirlo como algo digno de atracción. Es libre también de amar conforme a la forma genuina inherente a su propia vocación.<sup>20</sup> Esta experiencia de trascendencia significa acoger algo del misterio en nuestra vida. Cuando el horizonte hacia el que nos proyecta va más allá de nosotros mismos, y de la historia, se trata de una experiencia de *trascendencia fuerte*, si no lo hace es una experiencia de *trascendencia débil*.<sup>21</sup>

Para un cristiano entrar en contacto con el misterio que le trasciende es entrar en contacto con la persona de Jesús. Es él el que nos hace partícipes del misterio intrínseco de la Trinidad. Se nos revela como la presencia que está llamada a ser amada y acogida en nuestra vida de discípulos, y hacia el que somos capaces de dirigir toda nuestra capacidad de elección. Por amor a él, en el amor a él, gracias al amor experimentado y recibido.<sup>22</sup>

Al interno de la dinámica de los *Ejercicios Espirituales* el papel de la elección resulta fundamental. Así una elección será buena cuando la intención es recta, pura y se utiliza de las facultades propias naturales de un modo libre y tranquilo.<sup>23</sup> Así nos presenta Ignacio tres tiempos de elección<sup>24</sup> que atienden a la circunstancia y momento concreto en que se encuentra el ejercitante.

La elección para Ignacio tiene por finalidad la ordenación de la propia vida, renunciando aquello que nos mantiene anclado al amor a nosotros mismos, y escogiendo todo siempre por el mayor amor de Dios. La dimensión del *magis* como la búsqueda del amor siempre más puro, y la rectitud siempre más ordenada hacia el Señor, objeto de nuestra elección, es fundamental. Cuanto mayor sea nuestro conocimiento del amor recibido, más libre, más pura, más generosa será nuestra elección. Una elección que, cuando se

<sup>17</sup> R. ZAS FRIZ DE COL, «Vida cristiana ignaciana» 105.

<sup>18</sup> R. ZAS FRIZ DE COL, «Vida cristiana ignaciana», 106.

<sup>19</sup> R. ZAS FRIZ DE COL, «Vida cristiana ignaciana», 106.

<sup>20</sup> Cf. A. CENCINI, *Desde la aurora te busco*, 97.

<sup>21</sup> Cf. R. ZAS FRIZ DE COL, «Vida cristiana ignaciana», 106.

<sup>22</sup> Cf. R. ZAS FRIZ DE COL, «Vida cristiana ignaciana», 107.

<sup>23</sup> Cf. R. ZAS FRIZ DE COL, «Considerazioni sullo “scegliere” in Sant’Ignazio», 97.

<sup>24</sup> Cf. EE.EE.,175.

trata de algo inmutable, adquiere una dimensión escatológica porque nos sitúa en un horizonte mayor que se prolonga hasta la eternidad.<sup>25</sup>

Sobre el modo en que se genera la dinámica de la decisión, no debemos olvidar cómo influye en los procesos decisionales la sensibilidad, pues las decisiones tienen resonancia en ella.<sup>26</sup> Si se trata de una *sensibilidad* irracional, es decir desatendida, donde el sujeto no presta atención a la dinámica inconsciente, la desatención de la sensibilidad influirá de forma negativa en el proceso decisional.

De este tipo de desatención general a la sensibilidad, nunca educada o mal educada, no puede sino derivar igualmente una falta de atención al proceso de decisión, con elecciones que se harán, por consiguiente, de “modo automático”: es el mito del hombre que actúa y decide según lo que siente dentro de sí, y que a menudo, de este modo, se engaña afirmando haber encontrado la propia libertad, reivindicándola con fuerza contra todo lo que se opondría a su plena expresión.<sup>27</sup>

Allí donde se da esta sensibilidad salvaje, esta se vuelve despótica, produciendo en el sujeto una falsa imagen de libertad, manteniéndolo esclavo de sus instintos en una auténtica dictadura de la sensibilidad, donde resulta casi imposible para él tomar elecciones, porque la libertad se encuentra mermada.<sup>28</sup> De esta forma, para entender el proceso de decisión y su importancia en el contexto de la vida del creyente, hay que poner nuestra atención en el sujeto de la elección. La atención a su singularidad y a su modo propio de situarse ante la tesitura de determinarse en un sentido o en otro, nos ayudará a descubrir desde donde se articula la decisión. El profesor Domínguez Morano, acerca del sujeto que elige, nos recuerda algo importante:

El proceso de “elegir- decidir- comprometerse” que nos interesa, es contrario al narcisismo, patología de nuestro tiempo, tiempo de exaltación del individuo, que nunca ha tenido tantas posibilidades de elegir y tan reducida capacidad de comprometerse. El ideal parece ser elegir todo, decidir “porque sí” y no comprometerse con nada; optar sin renunciar. Ser libres de todo y libres para nada. [...] Elegir es un proceso complejo y conflictivo entre “tres pensamientos, uno propio mío y otros dos que vienen de fuera”. La solución no es acallar los deseos (emociones y afectos) sino ordenarlos. Los tiempos y modo de elección garantizan esa reordenación que hace posible la elección. [...] Los Ejercicios preparan y disponen para una elección que puede madurar fuera, y después de ellos.<sup>29</sup>

Con la evolución de la ciencia psicológica y sobre todo del psicoanálisis de Sigmund Freud, se pone de relieve el papel del inconsciente, que forma parte también del proceso decisional y que de alguna manera condiciona nuestra libertad. A menudo, nos «cuesta aceptar, en efecto, que muchas decisiones no son, en realidad, resultado de una elección

<sup>25</sup> Cf. R. ZAS FRIZ DE COL, «Considerazioni sullo “scegliere” in Sant’Ignazio», 103- 105.

<sup>26</sup> Cf. A. CENCINI, *Desde la aurora te busco*, 173.

<sup>27</sup> A. CENCINI, *Desde la aurora te busco*, 173 (Comillas del autor).

<sup>28</sup> Cf. A. CENCINI, *Desde la aurora te busco*, 174.

<sup>29</sup> C. DOMÍNGUEZ MORANO, «El sujeto que ha de elegir hoy, visto desde la psicología (I)», 145.

personal y autónoma nuestra, sino que más bien ha sido el resultado de una serie de factores internos o externos que escaparon de nuestro poder de decisión».<sup>30</sup>

El carácter de la elección, al igual que el de la propia libertad serán siempre limitados, sujeto a los modos y tiempos de cada persona concreta.

Pero el hecho es que se elige siempre (en el proceso de Ejercicios Espirituales también) desde un conocimiento que es siempre limitado, desde una racionalidad que es siempre incompleta y desde unas motivaciones particulares y, en buena parte, desconocidas. La elección, pues, está asociada a la finitud del ser humano y de ahí que nadie pueda disfrutar sino de un régimen de “libertad condicionada”.<sup>31</sup>

Elegir significa ligarse de alguna manera a un proyecto vital libremente escogido, y trazar los objetivos y medios para alcanzar los fines del mismo.

La capacidad de comprometerse supone, ciertamente, disponer de una aptitud para abrirse a la alteridad trascendiendo el encapsulamiento narcisista del que es testigo todavía el adulto inmaduro, el neurótico o, sobre todo, el psicótico. Todos ellos encuentran una dificultad más o menos seria para salir de su propia realidad mental, entrar en contacto, descubrir la alteridad y poder, por tanto, comprometerse con algo que no sea su propia interioridad magnificada.<sup>32</sup>

El reto será como ayudar a este sujeto concreto, al que acompañamos y servimos, a hacer camino de maduración, para que aprenda que «madurar es dejar atrás, que optar es dejar y a través de esas opciones y renunciaciones es el modo como nos vamos construyendo a nosotros mismos».<sup>33</sup> Hay un riesgo que no podemos ignorar: el infantilismo. Muchas veces la persona se cree sujeto de atenciones y derechos, pero de escasos deberes para consigo mismo y para con los otros; aspira a ser libre de todo y libre para nada, porque no tiene ninguna meta o aspiración mayor hacia la que tender.<sup>34</sup>

## ***2.2 La dinámica de tomar decisiones y el papel del discernimiento espiritual***

El rol de la sensibilidad en la persona cumple la función de activar el proceso de decisión. El primer criterio para decidir hará relación a la identidad personal, al mundo de los valores, entendidos en clave creyente como el plan que Dios tiene para cada uno. La exigencia de verdad, bondad, justicia, será la guía que acompañará el discernimiento y la elección. El deseo de querer hacer el bien al otro, como criterio de elección se convierte en un gesto adulto y responsable, que nos lleva además a un ejercicio de discernir entre lo verdadero y lo falso, aquello que aporta y aquello que impide la construcción de un proceso adulto en el camino de la fe. La persona que decide estará también atenta a las motivaciones, que en ocasiones tendrán mucho que ver con el mundo del

<sup>30</sup> C. DOMÍNGUEZ MORANO, «El sujeto que ha de elegir hoy (I)», 148.

<sup>31</sup> C. DOMÍNGUEZ MORANO, «El sujeto que ha de elegir hoy (I)», 153 (Comillas del autor).

<sup>32</sup> C. DOMÍNGUEZ MORANO, «El sujeto que ha de elegir hoy (I)», 154.

<sup>33</sup> C. DOMÍNGUEZ MORANO, «El sujeto que ha de elegir hoy (I)», 158.

<sup>34</sup> Cf. C. DOMÍNGUEZ MORANO, «El sujeto que ha de elegir hoy (I)», 159.



inconsciente. Discernir significará entonces aportar luz sobre esta realidad desconocida. El discernimiento no es una realidad solo humana. Discernir desde un sentido de fe conllevará el arriesgarnos en un acto de abandono y confianza, sin tener todos los elementos del camino a recorrer siempre claros, pero fiados del amor de Dios, de aquel que no has llamado y hace camino a nuestro lado.<sup>35</sup>

¿Qué significa para un creyente tomar decisiones? “Elegir” no hace referencia solamente a las decisiones más solemnes y vinculantes de nuestra vida, sino también a las pequeñas decisiones que configuran nuestro día a día. Significa en primer lugar, situar la propia existencia en consonancia con la presencia de Dios que descubrimos presente en nuestra vida. En segundo lugar, mediante el ejercicio de discernimiento disponernos a configurar nuestro propio querer con el querer de Dios sobre nosotros. Al discernir la persona se pone como peregrino ante el sentido del misterio, y ante el Misterio mismo en su propia vida.

El discernimiento es exactamente *la escuela del misterio*, es el camino de quien aprende a estar ante él para dejarse iluminar y envolver por aquel exceso de luz, de “luz amable”. [...] Para quien discierne Dios es Misterio de luz resplandeciente, que ilumina la vida y cada uno de sus misterios. Para quién no discierne, en cambio Dios (dios) es enigma, mudo y tenebroso, un ídolo sin vida inalcanzable.<sup>36</sup>

El proceso de discernimiento y elección se convierte así en un verdadero acto de amor que busca siempre corresponder con el *más* a esa experiencia relacional en la que se siente envuelto. El discernimiento se convierte en *estilo de vida* del creyente, porque sabe que Dios tiene siempre algo que comunicarle siempre se encuentra en una tensión gozosa de escucha.<sup>37</sup>

La constatación de una Presencia que sale a nuestro encuentro nos hará darnos cuenta de que somos buscados por Dios, y en esa relación llamados a mostrarnos conformes a nuestra verdad profunda y desnuda, quitando todos los impedimentos que el miedo nos lleva a fabricar como protección.

Discernir es precisamente estar desnudos ante Dios, pero sin sentir vergüenza, porque indica la libertad de quien se siente envuelto por una mira de amor y verdad, que da confianza y comprensión, ante la cual sería absurdo cubrirse, esconderse, fingir, huir, exhibirse, defenderse...<sup>38</sup>

Todo esto solo tiene sentido desde la libertad de conciencia del propio sujeto. Es el discernimiento el lugar dónde crecer y ejercer esta libertad en un proceso de auténtico aprendizaje. Una libertad que permite que nos despojemos de todo lo que dificulta o impide el camino personal hacia Dios, y que nos lleva a ser cada vez más auténticos con nosotros mismos y crecer en nuestra relación con Dios.<sup>39</sup>

<sup>35</sup> Cf. A. CENCINI, *Desde la aurora te busco* 174- 188.

<sup>36</sup> A. CENCINI, *Desde la aurora te busco*, 192 (Cursiva del autor).

<sup>37</sup> Cf. A. CENCINI, *Desde la aurora te busco*, 193- 197.

<sup>38</sup> A. CENCINI, *Desde la aurora te busco*, 205.

<sup>39</sup> Cf. A. CENCINI, *Desde la aurora te busco*, 208- 212.

Elegir a Dios no es una elección más. Se trata de la elección fundamental y el núcleo que permite activar en nuestra vida el proceso de transformación personal.

Cuando elegimos decir sí, se actualiza la creación, la encarnación y la plenificación. La creación se prolonga porque el *ruah* divino encuentra una obertura para engendrar nueva vida; la encarnación continúa porque a través de la elección se historiza el acto creador en la vida de los hombres; la plenificación se extiende liberando las fuerzas egocéntricas que nos opacan y dejando espacio para que la vida del Espíritu fluya sin obstáculos.<sup>40</sup>

Por medio de esta unión se va produciendo en nosotros una auténtica transformación interior. Lo paradójico es que «esta unión se produce por medio la aparente pérdida del núcleo sustancial de cada uno. Para ser más nosotros mismos, más hemos de entregar lo que nos hace ser nosotros».<sup>41</sup>

Es esta dimensión oblativa la que nos permite surgir en una realidad nueva, *kenótica*, *personificadora*, *unitiva*.<sup>42</sup> El discernimiento como actitud permanente que nos lleva a la unión, hace que cada acontecimiento humano sea un medio por el que Dios se nos comunica, y una invitación a configurar nuestra voluntad con la suya, hasta el punto de descubrir que «no se trata de hacer su voluntad, sino que seamos su voluntad».<sup>43</sup>

Así dispuesto el sujeto se convierte en una persona madura que asume su propia vida, movida por el amor y en el amor a Dios está dispuesta a descubrir siempre más la plenitud de esa misma vida en el servicio y la entrega. Discernimiento y decisión tienen su nexo más profundo en el amor. Así «el amor viene a ser el vínculo de la libertad con la acción a través de la decisión».<sup>44</sup>

El discernimiento sería «el proceso de traducir las convicciones concretas, el cómo encarno mis convicciones en las decisiones concretas de la vida».<sup>45</sup>

### 2.3. Breve presentación de las partes del Método Teológico Decisional (MTD)

Siguiendo dos publicaciones recientes<sup>46</sup>, describiremos brevemente qué es el Método Teológico Decisional y sus distintas partes. Se trata de una versión actualizada del denominado *método fenoménico cognitivo* y resultado de un fructífero trabajo de reflexión académica de dos años, de un grupo de doctorandos del Instituto de Espiritualidad de la Pontificia Universidad Gregoriana, coordinados por el profesor Rossano Zas Friz De Col.

<sup>40</sup> J. MELLONI, «La elección, el nombre ignaciano de la unión», 124.

<sup>41</sup> J. MELLONI, «La elección», 130.

<sup>42</sup> Cf. J. MELLONI, «La elección», 130.

<sup>43</sup> J. MELLONI, «La elección», 131.

<sup>44</sup> J. GARCÍA DE CASTRO, «La libertad pasivizada: decisión y consolación en Ignacio de Loyola», 149.

<sup>45</sup> D. MOLLÁ LLÁCER, «El discernimiento», 6.

<sup>46</sup> Cf. R. ZAS FRIZ DE COL, ed., *Il vissuto di S. Teresa di Lisieux alla luce del metodo teologico-decisionale*, 11-21; también L. PEREIRA DE OLIVEIRA, «Il metodo teologico-decisionale», 223-225.

El desarrollo metodológico busca ante todo llamar la atención sobre el rol de la decisión al interno del proceso de maduración de la experiencia espiritual, y descubrir como esta contribuye a dar forma al complejo entramado de la vida cristiana.

Si reconocemos como hemos visto anteriormente, el protagonismo de Dios y del hombre, en un proceso dialógico compartido, de maduración y camino hacia la plenitud, el MTD será una ayuda para tomar conciencia de como esa relación se ha desarrollado, fortalecido y emergido en la conciencia actual del creyente.

La importancia de la decisión al interno de la vida intrapsíquica ha sido de gran interés para las ciencias humanas como la psicología, la neurociencia o la filosofía. Nosotros presentaremos como la decisión se convierte en elemento integrante de la vida espiritual, entendida como experiencia vivida del creyente en su relación íntima con el Misterio de Dios que se comunica.

Una decisión es el resultado de un proceso complejo, donde entran en juego las dimensiones cognitivas, emotivas, sentimentales, comportamentales, incluso el propio cuerpo, la realidad somática de aquel que hace experiencia. Además, descubrimos que cada elección que tomamos no es autónoma, sino que las decisiones pasadas ejercen sobre ella una fuerza, que no merma la libertad presente, pero de alguna manera imprimen una línea de marcha de continuidad. Por lo cual podemos decir que la decisión actual está hecha de otras tantas que hemos hecho en el pasado. Cada elección actual imprime a nuestro vivir un nuevo orden, un nuevo sentido, y esto es lo primero que percibe cuando se acerca a la vivencia de una persona el teólogo espiritual. Podemos observar las consecuencias y por ellas llegar a la decisión tomada. En la decisión podemos individuar los factores que la han motivado, y sobre todo descubrir los valores más profundos que la guían y configuran.<sup>47</sup>

La decisión en el proceso de acompañamiento espiritual nos informa, nos ilumina, porque nos habla de la interioridad del sujeto a quien acompañamos. Por lo que individuar las principales decisiones vitales, establecer la conexión entre ellas, descubrir hacia dónde han conducido a la persona en cuestión, será fundamental para cumplir con el objetivo del acompañamiento. Aquí el MTD viene a ser una provechosa ayuda.

El MTD se compone de tres partes principales: Análisis Decisional, Interpretación Mistagógica, y Síntesis Contextual. Veamos brevemente en que consiste cada una de ellas.

El análisis decisional está compuesto principalmente por dos tipos distintos de análisis: el sincrónico y el diacrónico. El primero nos remite a decisiones particulares. Hace referencia a la experiencia misma, lo que hemos vivido y que podemos situar en un cronograma. Para este análisis, de cada singular decisión, usamos seis pasos que nos ayudan a delimitar la decisión en su contexto. Estos son: contexto y ocasión de la decisión, percepción, toma de conciencia, reflexión, decisión y consecuencia. Para el análisis diacrónico, desplazaremos nuestro interés a la vivencia como tal, tratando de individuar la línea guía que ha ido hilvanando cada una de nuestras decisiones en el tiempo

<sup>47</sup> Cf. L. PEREIRA DE OLIVEIRA, «El metodo teologico-decisionale», 225.

como un todo orgánico. Aquí distinguimos también tres momentos: el despertar, la maduración y el cumplimiento de la vida cristiana.

La segunda parte es la interpretación mistagógica. Esta se compone también de dos fases: pedagogía de Dios (mistagogía) y transformación de la persona. Una vez que hemos analizado nuestras decisiones, desde la perspectiva creyente y de crecimiento y maduración en la vida cristiana, tratamos de ver en primer momento cual ha sido la forma por la que Dios nos ha ido llevando en el contexto de nuestra evolución espiritual personal. Este actuar de Dios en nosotros produce como consecuencia la transformación interior, que es objetivable en la medida que puede ser percibida por aquellos que nos contemplan. El desarrollo de la vida teologal, el crecimiento en la fe, la esperanza y la caridad, serán aquí la clave que nos permita contemplar esta mistagogía.

La tercera parte del MTD es la síntesis contextual. Esta se compone así mismo de dos fases el contexto actual y la vivencia cristiana. Se trata de descubrir como el contexto socio-religioso en el que se desarrolla la vida cristiana influye en la misma, haciendo que se activen o no unas determinadas características más que otras. No se puede hacer experiencia espiritual neutra o aséptica, prescindiendo del contexto en que el cristiano vive, se desarrolla y se experimenta a sí mismo ante el Misterio. Una vez que somos capaces de individuar el contexto, se trata de entablar un fecundo diálogo para descubrir cuáles son los aportes más significativos de la experiencia cristiana analizada e interpretada para una vivencia actualizada del seguimiento de Cristo.

Situar la experiencia personal de transformación en un contexto más amplio de hombres y mujeres en búsqueda, incluso cuando algunos de estos no se declaren creyentes, nos permite ser testigos de excepción de un modo diverso de experiencia de encuentro con un Dios personal que no sólo sale a nuestro encuentro, sino que hace camino a nuestro lado. Esto nos permitirá también hacer la propuesta a otros, de una vida abierta al riesgo de ser alcanzados por esta experiencia transformante. Buscadores encontrados, que proponen caminos de búsqueda a otros hombres anhelantes, esta es la misión que brota de la toma de conciencia de la propia transformación espiritual.

#### ***2.4 Análisis del desarrollo de la vida cristiana personal desde el MTD***

Vamos ahora a adentrarnos en la aplicación del MTD al acompañamiento espiritual, y lo haremos siguiendo el esquema del mismo: primero mediante el análisis sincrónico y diacrónico, intentaremos individuar y contemplar las decisiones importantes en la vida de la persona acompañada; a continuación con la interpretación mistagógica dilucidaremos la línea guía de Dios para con esta persona, el cómo Dios la ha ido conduciendo de un modo propio, particular; con la síntesis contextual mirando al conjunto de la vida de la persona, veremos cómo lo experimentado la sitúa ante el mundo con una mirada nueva, y la hace capaz de entrar desde su propia experiencia en un diálogo fecundo con las personas, la cultura y la sociedad que le rodean.



#### 2.4.1 Decisiones más importantes: análisis sincrónico y diacrónico

En referencia al análisis de las decisiones del sujeto que hace experiencia, el problema de fondo es la relación existente con el Misterio (trascendente y a-categorial) y el sujeto concreto inmerso en el tiempo y el espacio, que es consciente que hace experiencia aquí y ahora. El hombre parte en su relación con el misterio de una experiencia que escapa a sus propios esquemas, para en un segundo nivel ser consciente de la experiencia vivida y sus resonancias afectivas y en un tercer nivel ser capaz de interpretar estas en diálogo con la propia tradición cultural.<sup>48</sup>

El hombre mediante la toma consciente y libre de decisiones en su vida, entra en relación con el Misterio y orienta su vida en una determinada dirección.

Para proceder al análisis decisional de la vivencia creyente del individuo en primer lugar vamos a aplicar un modo sincrónico y otro diacrónico.

En el análisis sincrónico, una vez identificadas las decisiones más significativas en el tiempo sobre las que queremos centrar nuestro análisis, se individúa cada una de las mismas conforme a cinco momentos:

*Percepción de la moción* espiritual de base; toma de *conciencia* de la moción mediante su resonancia cognitiva y afectiva; *reflexión* sobre el sentido de la moción; toma de *decisión* en base a la moción espiritual; y finalmente, *asunción responsable* de las *consecuencias* de la decisión.<sup>49</sup>

Con referencia al primer momento se trata de identificar la modalidad de la presencia del Misterio. «Aquí tiene lugar el encuentro entre la dimensión a- categorial (fenoménica) de la experiencia categorial (psicológica), es el “lugar” de la experiencia mediante la cual la persona reconoce simplemente que ha experimentado “algo”».<sup>50</sup>

En referencia al segundo momento, la persona que ha experimentado ese “algo” se da cuenta de que ha producido en su interior una serie de resonancias cognitivas y afectivas. Esto le lleva a la toma de conciencia de lo experimentado.<sup>51</sup>

En el tercer momento o de evaluación crítica de lo recibido, la persona trata de recurrir a su propia antropología, cosmovisión y tradición religiosa para desde ahí encontrar las claves de interpretación de lo percibido. En esta confrontación con el marco integral de la persona, entran en juego también los propios valores, y desde la confrontación de la experiencia con los mismos, llega el cuarto elemento que es la decisión. Decisión sobre todo de si la experiencia que he descubierto modifica y en que sentido mi propia escala de valores. Fruto de la decisión tomada se llega al quinto elemento que tiene que ver con re- orientación de la persona.<sup>52</sup> Porque soy consciente de que la experiencia vivida está en consonancia con la integralidad de lo que soy, y conforme al sentido más profundo de la propia vida, asumo las consecuencias de la decisión como un

<sup>48</sup> Cf. R. ZAS FRIZ DE COL, *La presenza trasformante*, 122.

<sup>49</sup> L. PEREIRA DE OLIVEIRA, «Il metodo teologico- decisionale», 228 (Traducción libre, cursiva de la autora).

<sup>50</sup> R. ZAS FRIZ DE COL, «Vida cristiana ignaciana», 89 (Comillas del autor).

<sup>51</sup> R. ZAS FRIZ DE COL, «Vida cristiana ignaciana», 89.

<sup>52</sup> Cf. R. ZAS FRIZ DE COL, «Vida cristiana ignaciana», 89.

paso adelante en el camino de la concreción de esa búsqueda de sentido. La conversión constante como fruto del avanzar en la vida teologal, se entendería en este sentido.

Con la intención de poner nuestra atención sobre la decisión, verbos como *decidir*, *elegir*, *optar*, *determinar*, *escoger*, nos darán pistas al respecto. Si queremos fijarnos en cambio en la conciencia de la actuación divina en la vida del sujeto, prestaremos atención a verbos como *sentir*, *percibir*, *advertir*, *probar*. En referencia al tercer momento de la reflexión crítica de la experiencia vivida, nos fijaremos en verbos como *reflexionar*, *considerar*, *examinar*.<sup>53</sup>

En referencia al análisis diacrónico. Parte este de la «conciencia que las decisiones se suceden en el tiempo y que las consecuencias de una decisión normalmente son el presupuesto de la sucesiva».<sup>54</sup> Viendo en conjunto las decisiones individuadas en el análisis anterior, se trata de delimitar cuales son las líneas guía, los puntos fuertes inalterables que se repiten en todas. Esta línea de continuidad será la música de fondo continuada que guía la sinfonía de la vida creyente del sujeto. Para describir el proceso acudiremos a tres periodos: inicio o despertar, desarrollo o maduración, conclusión o cumplimiento.<sup>55</sup> Nótese aquí la resonancia que tiene este análisis con el esquema de las tres vías clásicas del progreso de la vida espiritual: purgativa, iluminativa y unitiva.

Como superación de la restricción y parcialidad que suponen los esquemas clásicos del proceso de la vida espiritual, el profesor Zas Friz, citando a Federico Ruiz, nos dice:

Ser adulto, maduro cristianamente “significa asimilar el desarrollo coherente de la gracia y de la enseñanza evangélica en las convicciones íntimas y en las relaciones que caracterizan la vida humana: a) delante de Dios: criatura, hijo, siervo, sujeto libre y responsable; b) en la Iglesia comunidad que vive y testimonia; c) como persona creyente y coherente en toda la existencia; d) en la vida y ante los problemas de la sociedad”.<sup>56</sup>

Desde la perspectiva de Federico Ruiz el desarrollo de la vida cristiana y por tanto de relación con el Misterio por parte del creyente, tiene un carácter de totalidad que afecta a todas las dimensiones de la vida humana. No podemos hablar de progreso en la vida espiritual desligado de las otras facetas que configuran su universo vital, y sin hacer relación a ellas. Habla de seis etapas en el desarrollo de la vida cristiana: iniciación, personalización/ interiorización, crisis, madurez y gloria.<sup>57</sup>

El crecimiento no adviene simplemente por acumulación, sino por un proceso de pérdidas y adquisiciones. Lo mismo sucede en el proceso espiritual, pues no es un proceso gradual o armónico: está hecho de contradicciones, conflictos, tensiones, roturas de equilibrio, que abren el horizontes a síntesis más ricas.<sup>58</sup>

<sup>53</sup> Cf. L. PEREIRA DE OLIVEIRA, «Il metodo teologico- decisionale», 228.

<sup>54</sup> L. PEREIRA DE OLIVEIRA, «Il metodo teologico- decisionale», 229.

<sup>55</sup> Cf. L. PEREIRA DE OLIVEIRA, «Il metodo teologico- decisionale», 229.

<sup>56</sup> R. ZAS FRIZ DE COL, *La presenza trasformante* 141 (Comillas del autor).

<sup>57</sup> Cf. R. ZAS FRIZ DE COL, *La presenza trasformante*, 142.

<sup>58</sup> RUIZ, F., «Diventare personalmente adulti in Cristo», en *Problemi e prospettive di spiritualità*, Queriniana, Brescia 1982, 292. (Citado por: R. ZAS FRIZ DE COL, «Vida cristiana ignaziana», 91).

Esta última parte resulta fundamental para la aplicación práctica del MTD, el contexto del acompañamiento espiritual, ya que hasta el momento los campos a dónde se ha aplicado el mismo es el análisis de la vivencia cristiana de algunos santos o grandes personajes, entre ellos San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Lisieux.

Desde esta perspectiva, acompañar desde la clave del MTD significa acompañar toda la vida de la persona en su conjunto, teniendo presente su variado campo de referencias y relaciones. No podemos caer en el peligro de reducir el acompañamiento sólo a lo espiritual. Como veíamos en la primera parte de este trabajo, el acompañamiento debe ser integral, entendiendo este término como la consideración de todo lo que configura la vida del creyente y le abre a la presencia del Misterio, todo que es afectado por esta experiencia transformante.

#### 2.4.2 Interpretación mistagógica del análisis decisional

Esta sería la segunda parte del MTD. Se llama así porque la persona es introducida por el Misterio en su esfera divina. Se compone de dos fases:

En la primera, se interpreta el modo en que la *pedagogía divina* se revela para actuar la transformación interior del fiel; en la segunda, se interpreta el *proceso de transformación* que la persona ha sufrido a través de las decisiones que ha tomado en referencia a su relación con el misterio de Dios.<sup>59</sup>

Aquí aparece otra diferencia con las distintas aplicaciones que se ha hecho hasta ahora del MTD, al aplicarlo al acompañamiento espiritual. Ahora no dialogamos con el texto escrito que cuenta la experiencia espiritual vivida. Lo hacemos con el sujeto que la ha experimentado, y que de alguna manera la actualiza en su vivencia cotidiana

Llegados a este punto, y en aras a que la persona tome conciencia de cómo es el actuar de Dios en ella misma, es importante tener en cuenta la evolución de la imagen de Dios en la persona creyente. En palabras de Garrido: «el paso de la ideología a la fe se produce cuando la fe deja de ser un sistema de verdades que exigen adhesión y el creyente se encuentra con el Dios vivo, y al escuchar su Palabra, descubre su hondura de ser».<sup>60</sup> Esto implica un proceso de purificación y transformación al interno de la persona, que debe ser objeto de atención por parte del acompañamiento desde el MTD, a este propósito, nos dice Cabarrús:

La habilidad para limpiar y reconstruir la imagen de Dios exige que quien acompaña ya haya hecho este proceso en sí mismo (a); es decir, que haya purificado su propia imagen fetichista de dios y haya entrado en la relación gratuita con el Dios de Jesús, y que viva la culpa fecunda como resorte de conversión y disposición para la experiencia de ser pecador (a) perdonado (a).<sup>61</sup>

<sup>59</sup> L. PEREIRA DE OLIVEIRA, «Il metodo teologico- decisionale», 232 (Cursiva de la autora).

<sup>60</sup> J. GARRIDO, *Evangelización y espiritualidad*, 33.

<sup>61</sup> C.R. CABARRÚS, *Cuaderno de Bitácora*, 171.

Como consecuencia de la transformación de la imagen de Dios en nosotros es posible ver con mayor claridad de qué forma nos va guiando en el proceso de transformación. San Ignacio durante su período manresano y después de superar la crisis de escrupulos que lo llevó hasta la tentación del suicidio, cambia su imagen de Dios: de Alguien a quién se sirve de manera voluntarista, por Alguien de quien nos debemos dejar conducir en actitud confiada. De la actividad desmesurada del sujeto que se cree protagonista, a la pasividad de quien es llevado en el amor confiado:

En este tiempo le trataba Dios *de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño*, enseñándole; y, ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quién le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba de esta manera.<sup>62</sup>

Esta transformación de la imagen de Dios y la conciencia de su papel activo en el proceso de transformación interior puede venir, y de hecho viene, de la mano de lo que llamamos crisis de autoimagen, donde hay contraste entre nuestro yo real y nuestro yo ideal. De un modo especial cuando la crisis nos revela algún aspecto de nuestro inconsciente de que de otro modo hubiera permanecido desconocido para nosotros. Cencini y Manenti al respecto de este proceso nos dicen:

Debemos esperar (y desear) que antes o después (mejor antes que después) aparezca una crisis saludable que haga emerger las apariencias de bien y nos ponga frente a una nueva interpelación por parte de la vida y a nuevos significados de ella, conocidos hasta ahora solo intelectualmente, pero que ahora debemos traducir en convicciones personales.<sup>63</sup>

Se convierte así la crisis en misteriosa mediación de emergencia del Misterio en nuestra vida, que nos permite abrirnos a un conocimiento más profundo, no racional, de este en nosotros.

Aquí entraríamos en la segunda fase de esta segunda parte del MTD: la interpretación del proceso de transformación a la luz de las decisiones que hemos tomado y su relación con el Misterio. La propia vida es percibida con una luz nueva, dónde todo lo que ha acontecido adquiere una lógica coherente en aras a un proyecto mayor que nos supera, y del cual sólo se nos va revelando paso a paso aquello que debemos conocer. De esta interpretación mistagógica nace como respuesta la confianza en el amor, y la actitud de docilidad que nos lleva a aceptar cuánto sucede como voluntad de Dios en nuestra vida. Esta consideración de las decisiones a la luz del Misterio: «Hace pues al discípulo no solo *docilis*, capaz de aprender de un docente, sino *docibilis*, libre de aprender de la vida de cada día, del trabajo cotidiano, del ministerio y de la misión, de toda relación con cualquier persona, de las situaciones positivas y menos positivas».<sup>64</sup>

<sup>62</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *El Peregrino*, 27.

<sup>63</sup> A. CENCINI – A. MANENTI, *Psicología y teología*, 217.

<sup>64</sup> A. CENCINI – A. MANENTI, *Psicología y teología*, 297.



### 2.4.3 Síntesis contextual o perspectivas futuras

Es la tercera parte del MTD que se compone también así misma de dos fases diferenciadas: «en la primera fase, se busca de comprender cual sea el influjo del actual contexto socio- religioso sobre el cristiano de hoy. A continuación, en la conciencia de la situación descrita, se busca de ofrecer las consideraciones que puedan iluminar la vivencia cristiana moderna».<sup>65</sup>

Este desafío parte de la necesidad de prestar atención suficiente a las notas características de esta época, pues el ambiente social y cultural tiene un influjo sobre nuestra vida de fe. En esta tercera parte del método se trata de descubrir en primer lugar como el contexto social influye y condiciona de alguna manera, la respuesta del creyente en libertad a Dios. El individualismo cultural, por ejemplo, es un elemento que se cuele en nuestra vivencia espiritual y nos dificulta concebir una fe vivida en un contexto comunitario. Descubrir los posibles influjos nos ayudará a contrarrestarlos siendo consciente de los mismos. Y lo que es más importante, y aquí vendría la segunda fase, a hacer una propuesta realista, sugerente y atrayente del seguimiento de Cristo al hombre de este momento histórico.

La propia experiencia espiritual vivida, y de la cual toma conciencia la persona acompañada, se convierte en luz y camino no sólo para sí sino también para otros. Y esto a su vez hace que sea capaz de entender a otros, de acompañar, de orientar quienes se encuentran en situaciones similares.

En esta parte de la aplicación de Método la persona acompañada que se abre a expectativas desde lo que ha vivido y fijado en su interioridad, lo hace de forma auténtica y realista. No se trata de expectativas irreales e ilusorias. Sabe que el camino de diálogo, de encuentro y servicio a los otros que se propone, es posible porque ella misma lo ha experimentado como tal. Hay una actitud de fondo de lo que podríamos denominar *humildad ontológica*<sup>66</sup>, que no es otra cosa que la humildad de quién se ha sentido acompañado, conducido y amado en un proceso de transformación interior, abrazando la propia fragilidad como gracia y sintiendo en medio de ella una llamada genuina a un mayor servicio desde una mayor autenticidad y don de sí.

### 2.5 Seguimiento de la experiencia personal en el horizonte del MTD con el examen cotidiano de la oración y de la jornada

Después de ver que es el MTD y analizar sucintamente cada una de sus partes, viendo cómo este puede ser aplicado al acompañamiento espiritual, ahora se hará necesario que reflexionemos sobre cómo seguir y acompañar esta experiencia en el contexto de la vida cotidiana.

<sup>65</sup> L. PEREIRA DE OLIVEIRA, «El método teológico- decisionale», 236.

<sup>66</sup> Cf. F. TORRALBA, «La humildad ontológica»

El MTD mediante el análisis sincrónico y diacrónico nos lleva a contemplar nuestras decisiones en sí mismas y en sentido cronológico. No cabe duda de que cuánto más seamos capaces de cultivar la capacidad de conocimiento de nosotros mismos, desde un sentido de fe, buscando descubrir el paso de Dios en nosotros, mayor será nuestra capacidad para tomar a partir de esta actitud de discernimiento en el día a día. Decisiones informadas de esta relación dialógica de fe constitutiva del ser creyente entre nosotros y Dios.

Para ello nos ayudará prestar atención al examen cotidiano, en él al mundo de las mociones interiores, y ser capaces de confrontarnos con otra persona que nos objetiva en el proceso de acompañamiento.

El examen es una de las propuestas que propone San Ignacio en los *Ejercicios Espirituales*, y que en su vida supondrá un doble descubrimiento:

En verdad se trata de dos descubrimientos que fue haciendo a partir de la iluminación divina recibida en Manresa y confirmados, progresivamente por su propia experiencia espiritual:

- Primer descubrimiento: la importancia del examen en un camino de maduración espiritual, que pasa necesariamente por el *autoconocimiento*, favoreciendo el crecimiento de la persona en el autodomínio y en la libertad interior.

- Segundo descubrimiento: la importancia del examen en cuanto mediación espiritual ideal para una vocación apostólica, misionera e itinerante, tal como era la que Dios lo llamaba a vivir, a fin de que fuese capaz de buscar, encontrar y unirse a Él en todas las cosas, volviéndose un *contemplativo en la acción* apostólica y en el servicio a los demás.<sup>67</sup>

En cuanto a la unificación de estos dos elementos de aumento de autoconciencia de nosotros mismos y de mayor conocimiento, puesto en relación con nuestra condición apostólica y el cultivo de la contemplación en la acción, me parece oportuno recordar lo que el P. Herbert Alphonso nos dice acerca del examen particular:

El “examen particular” no es diferente de la “vocación personal”, si la “vocación personal” es la manera irrepitiblemente única y propia mía de *disponerme* para el Señor, entonces la forma más relevante para mí de practicar el “examen particular” es asumir en profundidad la actitud de mi “vocación personal” en esos momentos concretos que he escogido en mi vida diaria. Esto mismo me dispone como ninguna otra cosa podría disponerme para salir al encuentro del Señor en las personas, acontecimientos y circunstancias de tiempo, lugar, y actividad de la vida diaria. Es, en último análisis, mi manera exclusiva y personal de “hallar a Dios en todas las cosas”.<sup>68</sup>

El Examen contribuye a poner en orden nuestro mundo interior, siendo conscientes de nuestras propias contradicciones e inconsistencias, pero también de todas nuestras potencialidades. Esto nos permite en el día a día vivir unidos al Señor, experimentando su presencia en nosotros, por lo que examen se convierte en una forma particularísima

<sup>67</sup> A. ARAUJO SANTOS, «El sentido del examen de conciencia ignaciano en el proceso de crecimiento humano y espiritual del cristiano de hoy», 50 (Cursiva del autor).

<sup>68</sup> H.M. ALPHONSO, *La vocación personal: transformación en profundidad por medio de los ejercicios espirituales*, 21 (Comillas y cursiva del autor).

de oración.<sup>69</sup> No se trata de un simple ejercicio de introspección psíquica. Implica una conciencia fuerte, que brota de la experiencia creyente, de estar ante la presencia de Dios, y en Él ser capaz de leer el día acontecido en clave de agradecimiento.

En el examen cotidiano no son solo los hechos en sí que hemos vivido en el transcurso del día la materia sobre la que nos detenemos, sino sobre todo y por encima de todo, las mociones interiores y resonancias, que cada uno de los acontecimientos vividos ha dejado en nosotros. La toma de conciencia de esta impronta nos permitirá encuadrar cada momento, cada día, como ocasión para vivir en la unión con Dios en la respuesta libre y generosa a su plan sobre nosotros.

El examen cotidiano «al ponernos en contacto con nuestra propia verdad, contribuye a evitar que caigamos en una imagen falsa de nosotros mismos y del mundo»<sup>70</sup>, por lo que cumple con una función de recordarnos quienes somos, cuál es nuestra misión, y cuál es el sentido mayor al que hemos sido llamados. Además, el Examen nos permite:

Hacernos *lúcidos* acerca de la autenticidad de nuestro seguimiento de Jesús y desenmascarar los criterios contrarios al Evangelio que dirigen – a menudo inconscientemente- nuestras decisiones [...]; nos ayudará a verificar nuestra *indiferencia* o libertad para elegir lo que más nos conduce [...], y a tomar la *temperatura* de nuestro corazón para descubrir cuanto amamos y para “afectarnos” a la persona de Jesús pobre y humilde y a su radical seguimiento.<sup>71</sup>

La práctica del Examen Cotidiano nos permite cultivar una mirada fina, que hace que en la realidad de nuestro día a día, seamos capaces de aprender a mirar al mundo como Dios lo mira. Esto implica de cara al horizonte de la decisión, y al acompañamiento desde el MTD, que tenemos la capacidad desarrollada de descubrir dónde anida la génesis de nuestra decisión, porque es la contemplación de lo cotidiano lo que nos ha portado a la misma. A nivel espiritual, el cultivo de esta mística de lo cotidiano nos lleva a vivir en una actitud de discernimiento permanente, de búsqueda del *magis* en nuestra vida.

El cultivo del Examen Cotidiano como forma de oración personal y momento de unión con Dios en nuestro día, nos ayuda a vivir de forma más consciente y concreta nuestro seguimiento de Cristo. Ya no se trata de algo general o etéreo, sino que encuentra (y lo percibimos en retrospectiva al hacer el examen) en la jornada cotidiana concreción en mil y un detalles que nos llevan a hacer opción, a elegir en nuestra vida el plan de Dios para nosotros.

La atención a las mociones que se han producido en el día, será en el examen un punto de atención necesaria, porque nos informan de por dónde avanza nuestra vida interior y que dirección lleva, si al encuentro con la voluntad de Dios descubierta para nosotros, o a nosotros mismo en un ejercicio de auto-referencialidad.

El ejercicio de registrar por escrito estos movimientos pueden ser de utilidad para preparar el posterior encuentro mensual con el acompañante espiritual.

<sup>69</sup> Cf. A. ARAUJO SANTOS, «El sentido del examen», 53.

<sup>70</sup> A. ARAUJO SANTOS, «El sentido del examen», 54.

<sup>71</sup> J. OSUNA, «Nuestro examen cotidiano», 124.

## Conclusiones

En el desarrollo planteado poco a poco nos hemos ido adentrando en el significado del acompañamiento espiritual situando este en el contexto de la espiritualidad ignaciana por el carácter propio que la experiencia vivida por San Ignacio de Loyola y condensada en los *Ejercicios*, le confieren a este como mediación privilegiada para descubrir el paso del misterio de Dios en nuestra propia vida personal.

La aplicación del MTD se convierte en una herramienta provechosa para el ejercicio acompañamiento, ya que nos permite situar a la persona en el contexto más amplio de su entera vida, colocándole ante sus decisiones, ayudándola a trazar las líneas guías a través de las cuales esta se ha ido desarrollando.

Después del desarrollo de la exposición algunos interrogantes permanecen abiertos, en la tensión fecunda de algo que está en continua evolución, porque así se encuentra también la persona que acompañamos. Pero, podemos esbozar algunas preguntas en vistas a un intento de solución: ¿qué características específicas, si tienen que darse, deben existir en el sujeto acompañado para la aplicación del MTD al acompañamiento personal de su experiencia? ¿Valdría aplicar la gradualidad al mismo conforme al momento de la vida espiritual en que se encuentre el sujeto?

Al respecto conviene recordar lo que San Ignacio recuerda en la anotación 18<sup>a</sup> al inicio de los *Ejercicios* acerca de la disposición de la persona:

porque no se den a quien es rudo o de poca complexión cosas que no puede descansadamente llevar, y aprovecharse con ellas. [...] Así mismo, si el que da los ejercicios viere al que los recibe ser de poco sujeto o de poca capacidad natural, de quien no se espera mucho fruto; más conveniente es darle alguno de estos ejercicios leves hasta que se confiese de sus pecados; y después dándole algunos exámenes de conciencia, y orden de confesar más a menudo de lo que solía, para conservarse en lo que ha ganado, no proceder adelante en materias de elección, ni en otros ejercicios, que están fuera de la primera semana; mayormente cuando en otros se puede hacer mayor provecho faltando tiempo para todo.<sup>72</sup>

El ejercicio de la caridad por parte del acompañante le lleva en primer lugar a hacer un discernimiento de la persona que tiene delante y a observar en cual momento de su vida espiritual se encuentra. Así, no todo sujeto está listo para iniciar un acompañamiento, al menos como el planteado desde el horizonte del MTD. Por lo que solamente diremos, que no todos los sujetos están siempre en la etapa vital que les dispone a afrontar un recorrido de tal calibre.

Al final, no podemos perder de vista que el progreso de transformación interior en nosotros es no sólo esfuerzo y disposición por nuestra parte, sino sobre todo actuación de Dios en nosotros y a través nuestro. La progresión en la vida espiritual no es derecho, conviene recordarlo en nuestra mentalidad cultural, sino gracia, y como tal provista de un carácter de gratuidad que sólo pertenece a Dios al concederla a la persona creyente.

<sup>72</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *EE.EE*, 18.



*Que no pueda descansadamente llevar*, leíamos en la citación precedente de los Ejercicios. La paz es una señal inequívoca de la presencia de Dios en nuestra vida. Sabemos que esta no implica la ausencia de tensión o la desaparición de conflictos. Sería más bien una nota sostenida, o una música de fondo, que acompaña todo nuestro caminar en la vida en el Espíritu. Cuando se genera tensión en un proceso de acompañamiento, cuando la persona acompañada entra en una dinámica de ansiedad que lleva a la frustración, habrá que preguntarse si quizá no hemos equivocado el camino. Si este fuera el caso, es muy probable que hayamos puesto más el acento en una ascética voluntarista, y no hayamos correctamente ordenado a la persona a entrar en contacto con la presencia de Dios, que es la que da fundamento, estabilidad y orden a la vida interior del sujeto. Llevar descansadamente, significa que el sujeto acompañado, siendo consciente de sus inconsistencias y puntos débiles, esto no le resta para ser consciente de estar siendo artífice de un camino en compañía del Dios que le guía y sostiene. Es precisamente esta conciencia la que le lleva a asumir con responsabilidad su propia vida y a hacer una relectura de los acontecimientos en clave de esperanza, tratando de descubrir la mano de Dios en todo. Armónicamente va integrando un paso detrás de otro, sabiendo que todo forma parte de este caminar acompañado.

Esto nos abriría a otro interrogante: ¿existe un momento desencadenante en la vida espiritual que haga al sujeto ser más propenso a iniciar este tipo de acompañamiento? Es probable que sí.

En la línea de la tradición de los Padres del Desierto y de algunos místicos medievales como el renano Taulero<sup>73</sup>, llamamos la atención, con las debidas matizaciones, sobre la denominada crisis de la mitad de la vida como momento privilegiado.

La crisis en general es siempre un momento de especial importancia en la vida espiritual que no puede ser ignorado o desatendido en el ejercicio del acompañamiento. Ella nos habla de carencias, necesidades o asignaturas pendientes de resolución, pero la crisis señala también caminos nuevos, reformulaciones, horizontes insospechados que se abren en el horizonte de nuestra vida.

En concreto la denominada crisis de la mitad de la vida, nos concede la posibilidad beneficiosa de mirar con cierta retrospectiva lo que ha sido nuestra vida, y poder trazar líneas continuas (o discontinuas) en nuestro progreso espiritual. Esta crisis en concreto nos permite mensurar, con sus deficiencias, nuestro propio proceso de transformación espiritual.

Pero, ¿dónde situamos la crisis de la mitad de la vida hoy? ¿Es un lugar cronológico o corresponde a un descubrimiento- gracia personal? La esperanza de vida se ha alargado en nuestras sociedades occidentales, pero no consecuentemente el sentido de satisfacción de la propia vida. No hay un desarrollo armónico en general de esperanza de vida y sentido de vida, por ser dos dinamismos desasociados. Por lo que, creemos que la clave fundamental del acompañamiento estaría en ayudar a formular a la persona acom-

<sup>73</sup> Cf. A. GRÜN, *La mitad de la vida como tarea espiritual*.

pañada cuál es el horizonte de significado personal de su propia existencia. Horizonte que va siempre enmarcado y contextualizado en una biografía concreta.

La crisis de la mitad de la vida, entendida esta como la crisis re-configuradora y re-orientativa del propio proyecto personal de vida, no tiene necesariamente que ceñirse a un punto cronológico. Tiene que ver más con la propia experiencia espiritual y con el camino de búsqueda y de encuentro de sí misma, de los otros y de Dios que la misma persona va realizando.

Además, y siguiendo a Cencini y Manenti<sup>74</sup>, en esta crisis denominada de segunda dimensión, se derrumba nuestro “yo ideal” en contraste con la irrupción del “yo real”. Se trata de la colisión entre el bien real y el bien aparente. La persona se encuentra establecida en un bien aparente y se establece en una insana mediocridad que lleva a la permanencia de la forma externa del compromiso y la donación, pero a la deserción de este a nivel interno. La crisis en este caso provoca un “terremoto” que abarca hasta las más profundas convicciones del sujeto. Ya no se trata de saber si he acertado o no con la elección vocacional de mi consagración religiosa o de vida matrimonial, sino de preguntarme sobre el sentido de mi propia vida, y si el sentido dado a la misma es tal. Este tipo de crisis resulta doloroso para la persona por el trabajo de reestructuración y re-consolidación interna que supone, pero la abre en humildad, a acoger el Misterio y ser llevada por él. En lenguaje sanjuanista sería la “noche de los sentidos” que porta a la “noche oscura del alma”.

Acompañar en esta crisis conlleva el esfuerzo por parte del acompañante de intentar estar a la altura, sobre todo renunciando a las prisas, ya que lo verdaderamente importante es que la persona descubra, integre, viva y gestione aquello que le está aconteciendo.

Es en este horizonte que el MTD es más sugerente, pues aporta una visión más amplia. Ayuda en medio de la aparente situación calamitosa que está viviendo el sujeto a tomar conciencia del paso discreto de Dios a lo largo y ancho de toda la vida. Cuando la persona es capaz de percibir esto, aunque no tenga la luz necesaria del entendimiento para saber hacia dónde es llevada, sabe y valora como fundamental ese hecho: ser llevada en confianza. Esto la abre a la entrega generosa y al abandono en el amor, amor que se manifiesta también en la acogida y aceptación del dinamismo oscuro que se vive.

El MTD ayudará, viendo con claridad las decisiones precedentes y situándolas en contexto de un plan mayor, a proyectar en la clave de estas las decisiones actuales.

Por último, el desarrollo de nuestra exposición y el horizonte del MTD aplicado al acompañamiento espiritual nos sitúa ante un interrogante: ¿qué pasa con la última de las etapas en la tradición espiritual definida como unitiva o la de los perfectos? ¿No es acaso orgullo por nuestra parte intentar ser conscientes de la misma en esta vida?

Volviendo a Melloni, recordamos que la decisión en el lenguaje ignaciano corresponde a la unión. Y esto porque nos hace entrar en la dinámica del Misterio en nosotros, mediante la identificación de nuestra propia voluntad, con la voluntad de Dios sobre nosotros. Pero este ejercicio de configuración no es posible, sino desde una genui-

<sup>74</sup> Cf. A. CENCINI – A. MANENTI, *Psicología y teología*, 216-217.

na y auténtica experiencia de amor que nos lleva a la transformación en el mismo amor. Por tanto, la clave de crecimiento y evaluación de la propia transformación interior debemos buscarla en el amor. La identificación de los elementos desordenados, la orientación de todas nuestras facultades al ejercicio del amor será la guía que nos llevará a una mayor unión con Dios, pero también al descubrimiento del misterio del otro y de mí mismo. Este elemento es clave a la luz del MTD porque resulta un provocador desafío en medio de un contexto cultural individualista y hedonista. Cuánto más crecemos en el ejercicio del amor más salimos de nosotros mismos, de nuestro propio centro. Es este aparente descentramiento el que obra el milagro de encontrar nuestro centro más auténtico en Misterio de Dios, en el cual estamos insertos desde la eternidad. Nuestra imagen más auténtica se encuentra en la persona de Cristo, inserta en el misterio del Hijo amado de Dios. Crecer en una relación de amor y de intimidad con Cristo nos llevará a ir descubriendo en él quienes somos, cual es el fin mayor para el que hemos sido creados, y entregarnos en confianza a un proyecto mayor que nos trasciende, que nos supera, y del que por pura gracia Dios nos hace partícipes.

## Bibliografía

- ALPHONSO, H.M., *La «conversazione spirituale»: progetto apostolico nel «modo di procedere ignaziano»: Atti del solenne atto accademico (Roma, 9 marzo 2006)*, Roma 2006.
- , *La vocación personal: transformación en profundidad por medio de los ejercicios espirituales*, Roma 2004.
- ARAUJO SANTOS, A., «El sentido del examen de conciencia ignaciano en el proceso de crecimiento humano y espiritual del cristiano de hoy», *Itaici* 84 (2011) 47-57.
- CABARRÚS, C.R., *Cuaderno de Bitácora, para acompañar caminantes*, Bilbao 2001.
- CENCINI, A., *Desde la aurora te busco. Evangelizar la sensibilidad para aprender a discernir*, Santander 2020.
- CENCINI, A. – MANENTI, A., *Psicología y teología*, Santander 2019<sup>3a</sup>.
- CUESTA, J.D., «Acompañamiento», en J. GARCÍA DE CASTRO – P. CEBOLLADA, ed., *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, I, Bilbao 2007, 79-84.
- DOMÍNGUEZ MORANO, C., «El sujeto que ha de elegir hoy, visto desde la psicología (I)», *Manresa* 73 (2001) 145-160.
- GARCÍA HIRSCHFELD, C., «¿Qué acompañamos cuando acompañamos “ignacianamente”?», *Manresa* 76 (2004) 123-133.
- GARRIDO, J., *Evangelización y espiritualidad*, Presencia teológica 172, Santander 2018.
- GRÜN, A., *La mitad de la vida como tarea espiritual*, Madrid 1988.
- GUILLÉN, A., «El acompañamiento espiritual del cristiano adulto», *Manresa* 76 (2004) 135-145.
- IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola*, Maliaño 2006.
- , *El Peregrino. Autobiografía de San Ignacio de Loyola.*, Bilbao 2015<sup>2a</sup>.
- , *Instrucciones a los Padres enviados a Alemania - La «Mínima Compañía»* [consulta: 15.7.2021], <https://sites.google.com/site/amdg1540/docs/15490924>.
- MARCET, C., «Ignacio de Loyola acompañado, acompañante, en compañía», *Manresa* 90 (2018) 317-326.
- MELLONI, J., «La elección, el nombre ignaciano de la unión», *Manresa* (2011) 123-133.
- MOLLÁ LLÁCER, D., «El discernimiento, realidad humana y espiritual», *Manresa* 82 (2010) 5-14.
- OSUNA, J., «Nuestro examen cotidiano», *Cuadernos de Espiritualidad* 52 (1990) 24-31.
- PEREIRA DE OLIVEIRA, L., «Il metodo teologico-decisionale», *Mysterion (www.mysterion.it)* 12 (2019) 222-241.
- TORRALBA, F., «La humildad ontológica», *Vida Nueva* (27/02/2015).
- YÉVENES, L., «“Servir al Señor de todos”, Vademecum para acompañantes espirituales», en *Simposio internacional psicología y ejercicios espirituales*, Loyola 23 de junio de 2019.
- ZAS FRIZ DE COL, R., «**Considerazioni sullo “scegliere” in Sant’Ignazio**», *Ignaziana (www.ignaziana.org)* 2 (2006) 94-106.
- , ed., *Il vissuto di S. Teresa di Lisieux alla luce del metodo teologico-decisionale*, Roma 2021.
- , *La presenza trasformante del mistero. Prospettiva di teologia spirituale*, Roma 2015.
- , «**Vida cristiana ignaciana. Un nuevo paradigma para la post-cristiandad**», *Ignaziana (www.ignaciana.org)* Número especial (2019).